



Vicente Hernández Franco
Director

la buena educación, una tarea compartida

«No podéis preparar a vuestros educandos para que construyan mañana el mundo de sus sueños, si vosotros ya no creéis en esos sueños; no podéis prepararlos para la vida, si no creéis en ella; no podríais mostrar el camino, si os habéis sentado, cansados y desalentados, en la encrucijada de los caminos».

CÉLESTIN FREINET

Existe un convencimiento general de que para ofrecer una buena educación en el contexto escolar se necesita que padres y maestros colaboren y compartan un mismo proyecto de valores. Se precisa que estos valores se transmitan congruentemente tanto en el contexto escolar como en el hogar familiar, todos a una, padres y maestros juntos en una misma misión compartida: una buena educación para nuestro hijo/alumno.

Ante la crisis del modelo de familia tradicional se hace necesario encontrar caminos adecuados para llevar a cabo esta colaboración. Los nuevos tipos de familia que surgen como consecuencia de los rápidos cambios sociales que se están produciendo, están generando nuevas demandas a la escuela. Desde el primer día en que un niño se incorpora a la escuela ésta va a condicionar el modo en el que se estructura la vida familiar, también fuera del horario escolar, a través de los “deberes para casa” e incluso durante los periodos vacacionales. Hay que constatar que son muchos los padres que tratan de educar a sus hijos intentando atender las solicitudes de colaboración que reciben del centro y que la trayectoria escolar de los hijos, cuando éstos presentan dificultades académicas, puede afectar en ocasiones negativamente a su vida de pareja.

En estos momentos son muchos los interrogantes que se encuentran abiertos y sobre los que necesitamos reflexionar: ¿cómo responder desde las escuelas a las demandas de colaboración de los distintos tipos de familia en las que se educan nuestros alumnos? ¿Qué tipo de participación, colaboración e implicación de las familias necesitamos en las instituciones educativas para que ambas cumplan sus fines? ¿Las asociaciones como las actuales AMPA resultan el medio apropiado para canalizar la participación de los padres de los alumnos en la educación escolar de sus hijos? ¿Cómo son las relaciones visibles y formales reguladas en el Proyecto Educativo de Centro en comparación con las relaciones informales e invisibles de las familias con las escuelas de sus hijos, tanto con los docentes como con el personal no docente? ¿Cómo podemos aprovechar las oportunidades que las aplicaciones TIC nos ofrecen para facilitar la participación y la comunicación de las escuelas con los padres de sus alumnos? En cuanto al uso de las TIC, el respeto mutuo evitará que el medio se convierta en fin y todos nos veamos desbordados. La respuesta a estos interrogantes no es simple, y para abordarlos se necesitará de toda nuestra creatividad como profesionales: hay que integrar las distintas miradas sobre el modo de construir colaborativamente en el día a día una escuela que se ofrece a todos sus miembros, también a las familias, como un espacio abierto y disponible, una oportunidad de encuentro en el que desarrollar un proyecto pedagógico común y compartido.

La colaboración activa de los padres con los maestros dentro de las aulas empieza a dejar de verse como una intrusión o distorsión de la actividad educativa. Necesitamos avanzar hacia una nueva cultura que facilite unas relaciones simétricas entre docentes y familias, hacia una nueva organización escolar donde la colaboración de los padres en las tareas de enseñanza sea intencionalmente buscada e impulsada por la dirección del centro: avanzar hacia un nuevo modo de planificación de la organización de espacios y tiempos, capaz de promover en todas las etapas la entrada de las familias en el centro; necesitamos implicar activamente a los padres en el trabajo de los docentes. Muchos padres necesitarán un cambio de mentalidad para pasar de una concepción de la escuela como un “aparcamiento por horas para niños” y de los maestros como simples cuidadores, a una visión de la escuela como responsabilidad compartida. Una experiencia vital clave para el pleno desarrollo de sus hijos, una oportunidad para educar a niños y jóvenes que los docentes profesionales construyen en colaboración con los padres, un tiempo especialmente valioso y un lugar donde educar juntos y comunitariamente a nuestros hijos/alumnos.

Muchos maestros y equipos directivos también tendrán que revisar sus prácticas: las metodologías didácticas están en el núcleo del tipo de participación y colaboración que esperamos los docentes de los padres de nuestros alumnos. Hay que superar el tradicional “los padres que se ocupen de que hagan los deberes en casa, que en mi clase mando yo”, para incorporar la riqueza y la diversidad de posibilidades y situaciones que presentan hoy los padres como colaboradores de los maestros, ofreciéndoles ocasiones y modos concretos que les permitan implicarse directamente en las actividades de aula.

La implantación de sistemas de acreditación de calidad puede ser una oportunidad para compartir responsabilidades, repensar, modificar y reestructurar las relaciones de colaboración entre familias y escuelas hasta llegar a construir un proyecto de escuela compartido. Ahora bien, ningún modelo de calidad es axiológicamente neutral: en la definición de un sistema de indicadores para evaluar la calidad de la colaboración entre padres y profesores se va a ver necesariamente reflejada la dinámica de intereses que defiende cada uno de los colectivos que constituyen la comunidad educativa escolar. Que en este debate siempre abierto no olvidemos lo importante: la buena educación es una tarea compartida.